

## LA SEGUNDA GUERRA DEL GOLFO Y SU IMPORTANCIA REGIONAL E INTERNACIONAL: ¿IMPACTO COYUNTURAL O TRASCENDENCIA HISTÓRICA?

Luis E. Bosemberg. *Universidad de los Andes*

El Medio Oriente contemporáneo ha experimentado una serie de grandes impactos cuyas consecuencias han sido siempre profundas y variadas: la reflexión sobre la modernización, el rumbo a tomar, el problema de la independencia, cómo enfrentarse a la modernidad europea o cómo recuperar la gloria perdida. La caída de regímenes, la creación de nuevas fronteras y gobiernos, los sentimientos de profunda derrota, la humillación y la pérdida de esperanzas -todos estos hechos conducen tanto a la reflexión como a transformaciones y a situaciones de inestabilidad. Estos grandes impactos fueron la invasión napoleónica de 1798 -que desencadenó la gran expansión imperialista- la Primera Guerra Mundial, la primera guerra árabe israelí (1948-49) y la guerra de junio (1967).

¿Tuvo igual trascendencia la segunda guerra del Golfo pérsico, 1990-1? Dicha guerra abarcó todos los tipos de conflictos que tradicionalmente han afectado a la región. Esa parecía su trascendencia. El conflicto interárabe, el árabe-israelí, el palestino israelí, los conflictos sociales, étnicos y religiosos y la intromisión de las potencias extranjeras. La guerra produjo efervescencia en distintos procesos lo que hubiera llevado a pensar que habrían podido tener lugar profundas transformaciones tal como en verdad sucedió en los impactos arriba nombrados. Además, Occidente proclamó un nuevo orden. Observadores indicaron que el viejo orden estaba desapareciendo. La invasión aliada, se proclamó a los cuatro vientos, se hizo en nombre de la democracia y del derecho internacional. ¿Se trató entonces de una gran ruptura? Tal vez sea muy pronto aún para hacer un balance real de las consecuencias, sin embargo, podemos intentar delinear algunos problemas.

Lo que queremos mostrar es que la guerra, a pesar de las dinámicas que generó, no logró grandes y profundas transformaciones como en la época de los impactos antes nombrados, con sólo una excepción: los primeros pasos para solucionar los conflictos palestino-israelí y árabe-israelí.

### I. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La historia contemporánea de los árabes comenzó con la llegada del imperialismo europeo en el siglo XIX. Se planteó entonces el dilema de la modernización. Para algunos se produjo el despertar árabe; se inició una época de inestabilidad, grandes transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales. Hubo intervenciones por parte de Inglaterra, Rusia y Francia. La gran reacción contra el imperialismo se manifestó en el nacionalismo, todavía perceptible entre las clases dominantes: se discutía la convergencia entre el Islam y la democracia occidental, ¿qué era la nación árabe y cómo podía enfrentarse al imperialismo? Surgieron nuevos centros de poder y nuevas clases sociales.

En la época entre las dos guerras mundiales se produjo la caída del Imperio Otomano y el subsiguiente vacío de poder que fue llenado por el imperialismo europeo y las clases dominantes tradicionales árabes. La conquista de Inglaterra y Francia del Mashrek (la parte oriental del mundo árabe) impuso nuevas fronteras, fundándose así Siria, Líbano, Irak, Kuwait, Irak, Transjordania y el Manda-

to Británico de Palestina (el futuro territorio de Israel). El nacionalismo tradicional pactó con Occidente. Los nuevos estados "nacionales" posibilitaron nuevos centros de poder, rivalidad inter-árabe y la división de tribus y comunidades. Se fragmentó la región. El equilibrio de poder entre los nuevos países no conoció una fuerza hegemónica. El Imperio británico apoyó migraciones de judíos al Mandato Británico de Palestina, sentando así las bases para lo que más tarde se constituiría en los conflictos palestino-israelí y árabe-israelí.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en medio de la descolonización, triunfaron revoluciones militares y clases medias en Egipto, Irak y Siria: es el nacionalismo radical con tintes socialistas. La movilización popular tuvo ciertos éxitos. En el equilibrio de poder de las décadas de los cincuenta y sesenta, en donde el Egipto radical tenía el liderazgo, más no la hegemonía, se pasó en los setenta y ochenta a la debilidad de los egipcios y al fortalecimiento de los productores de petróleo. A finales de la década de los setenta sobrevino la crisis de los radicales. Los moderados impusieron la pauta. Renació la discusión sobre la democracia, considerada tabú por los radicales. El nacionalismo se moderó. En la década de los ochenta el fundamentalismo cobró fuerza.

Una vez se alcanzó la independencia, persistieron patrones de cooperación acompañados de continuas y profundas diferencias y conflictos entre los árabes. Tuvieron lugar diez intentos de unificación árabe, múltiples guerras interestatales, unión y luchas en contra de la OLP (Organización de Liberación Palestina), unión y desacuerdos frente a Israel y a las potencias extranjeras.

Durante la década de los ochenta se vivió una difícil situación económica que condujo a los países de la región a tomar medidas para estabilizar sus economías. Existían una serie de problemas tales como la crisis de la deuda externa, una soberanía económica limitada por nuevas formas de tutela internacional bajo el control de los grandes países industrializados, una posición privilegiada de las grandes firmas multinacionales<sup>1</sup>, una excesiva producción petrolera que contribuyó al descenso del precio, lo cual también hizo posible que los países pobres se resintieran al perder las remisiones de salarios

de sus trabajadores en los países ricos. Además, la convergencia de las dos superpotencias hizo posible que las alianzas de cada bloque no necesariamente se tradujeran en ayuda financiera. Estallaron revueltas populares en Jordania, Argelia, Egipto, Túnez y el Sudán.

Como fondo de las tensiones políticas la población vivía una vieja situación de tensión social por la explosión demográfica, el subdesarrollo, las viejas estructuras que rivalizaban con las nuevas, el desempleo y, por consiguiente, un descontento generalizado -sobre todo en las zonas urbanas, que podían convertirse en focos de revuelta en un momento determinado. El desarrollo económico se veía impedido por los grandes gastos en armamento, las guerras e ineficaces políticas que oscilaban entre estados burocráticos y políticas liberales y los escasos recursos hídricos con el agravante de la limitación de tierras cultivables.

Hacia finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa el mundo y el Medio Oriente sufrieron una serie de procesos. El gran final de la guerra fría, la caída del sistema socialista y de la URSS y la consecuente hegemonía de los Estados Unidos en la región, la segunda guerra del Golfo Pérsico y la Conferencia de Madrid fueron sus puntos más relevantes. Los radicales de la región perdieron a su aliado tradicional. La posibilidad de maniobrar entre las superpotencias se perdió. Dejó de existir un espacio en el que los líderes podían actuar para lograr situaciones más allá de los intereses de las superpotencias.

Existe además, un orden petrolero que se manifiesta como una forma de dominación fundada sobre el control de recursos energéticos baratos y que históricamente ha sido desafiada por rivales y movimientos regionales. A comienzos de siglo se inicia la presión imperialista sobre Irán y Turquía por el petróleo. Después de la Primera Guerra Mundial, para conservar dicho orden, ampliarlo y adaptarlo a las nuevas condiciones del mercado, se dio forma a los Estados y las fronteras. El "orden petrolero" se convirtió en defensor de sistemas políticos y sociales obsoletos basados en desunión y fragmentación contando con la cooperación de sectores

1. Georges Corm, "Les habits neufs de la domination néocoloniale", Le Monde Diplomatique, Paris, abril de 1992.

tradicionales, dinastías, terratenientes, grandes intermediarios y comerciantes. Primero fue Gran Bretaña la que hasta la década de 1950 actuó como el gran patrocinador. Después los Estados Unidos la relevaron de este papel como se vio claramente en el golpe de Estado contra la nacionalización del petróleo en Irán que había iniciado Mossadeq. Así, en nombre de "los intereses mundiales" la zona fue conservada por Occidente a cualquier costo. La revolución islámica que triunfó en Irán en 1979 optó por una reducción voluntaria de la producción lo que conllevó a una alza del precio del crudo, pues el precio subió de 17 a 42 dlr/brl. Los países de Occidente decidieron que había que encarrilar la revolución islámica pues subvertía el orden. Cuando Irak invadió a Irán (1980) el Consejo de Seguridad tardó 6 días en mostrarse preocupado y 2 años en proclamar el cese al fuego. Además, nadie intentó impedir el flujo de armas a los bandos. Irak se transformó en potencia con la voracidad de vendedores de armas, con la bendición del Consejo de Seguridad y con la ayuda financiera de las monarquías. Así quedó abierto el camino para el expansionismo iraquí.

La presencia norteamericana comenzó a reforzarse en la década de los cincuenta creando un gran sistema con la Doctrina Eisenhower, el Pacto de Bagdad y CENTO, los cuales no tuvieron gran éxito debido, entre otros, a la oposición liderada por el Egipto de Nasser. A comienzos de la década de los ochenta la presencia política y militar norteamericana tuvo un gran auge a raíz de la invasión soviética a Afganistán, la primera guerra del Golfo Pérsico y la fragmentación con la consecuente incapacidad de los árabes para evitar la intrusión de las fuerzas externas<sup>2</sup>.

Cabe mencionar que existe una gran brecha en la percepción de Occidente de los árabes, para el cual los intereses, preocupaciones y esperanzas de los árabes siempre ocuparon el último lugar. Prima lo que emana de la política interna de los países occidentales y de sus rivalidades. Para el Norte es incomprensible que vastos sectores de la población se identifiquen con una figura carismática, representante de una larga tradición de nacionalismo e islamismo que buscaba precisamente su redención. En últimas se trata de fanáticos, impulsivos e inclusive pueblos primitivos. Occidente, al mirar la región a través de la lupa de su desarrollo democrático, no solamente no comprende sino que condena rápidamente a los Estados fuertes ignorando así una tradición de muchísimos siglos

de tales instituciones.

Con la invasión a Kuwait el 2 de agosto de 1990 se rompió momentáneamente la relativa estabilidad que había existido desde la década de los setenta. La invasión trastornó el sistema político, económico, militar y financiero sobre el cual se apoyaba Occidente y su "orden mundial". La guerra no se desató por la invasión a Kuwait y ni mucho menos por la violación del derecho internacional sino, por los intereses petroleros del Norte, por una parte, y por la gran cantidad de graves problemas que asolaban la región, por la otra.

Saddam Hussein intentó ser el gran unificador bajo el estandarte del nacionalismo radical que ya había tenido gran auge durante la década de los cincuenta y sesenta. Intentó infructuosamente canalizar diversos descontentos lo que hizo de la crisis una de grandes dimensiones. Precisamente es aquí donde también se siente el impacto: las revueltas populares de corte islámico en Argelia y Marruecos y las nacionalistas e islámicas en Cisjordania y Jordania -todas ellas apoyaron a Irak. La guerra despertó en la memoria colectiva aquella geopolítica de las grandes potencias emprendida con gran intensidad a partir del siglo XIX.

## II. EL EQUILIBRIO DE PODER

Desde la fundación de los Estados en el Medio Oriente en la historia contemporánea han existido rivalidades, alianzas, intentos de unificación y diversos tipos de tensiones. Ha existido un equilibrio de poder, pero no ha habido una verdadera fuerza hegemónica. Miremos el impacto de la guerra en el equilibrio de poder. Los siguientes casos son muy dicentes.

Irak surgió como potencia regional ya en la década de los setenta. Durante la primera guerra del Golfo Pérsico (1980-88) intentó consolidar su posición hegemónica en el Golfo; no logró, sin embargo, derrotar a Irán. En estos intentos de liderazgo regional tuvo sus competidores. Una cosa era conseguir apoyo contra Irán durante la primera guerra del Golfo, y otra, que le permitieran controlar el petróleo. Su preponderancia no podía ser tolerada ni por

2. Tareq Y. Ismael, *International Relations of the Contemporary Middle East: A Study in World Politics*. Nueva York, Syracuse, 1986, pp. 64-65.

los estados árabes como Egipto, Siria o Arabia Saudita ni por Israel. A nivel internacional tampoco los Estados Unidos y sus aliados habrían tolerado el surgimiento de una potencia regional, ni que un país de segunda no sólo conquistara a uno de sus más fieles aliados sino -más grave aún- que controlara los precios del crudo. Tampoco deseaban un desenlace nuclear entre Israel e Irak en la región. Con la guerra, Irak quería afirmar su primacía, lograr un crecimiento económico, controlar los precios del petróleo y obtener un glacis para un futuro expansionismo.

Pero Hussein desconoció la nueva situación que produjo el final del conflicto Este-Oeste. Había una sola superpotencia capaz de actuar sin tener en consideración a la otra. Hussein sobreestimó su propia capacidad bélica y subvaloró la reacción de sus enemigos.

Con la invasión a Kuwait, Hussein rompió el consenso árabe que se había formado durante la guerra contra Irán. Irak se sentía orgulloso de ser el defensor de los árabes contra los persas. La división de los árabes los debilitó en su lucha contra Israel y contra Occidente

De todas maneras, Hussein personificó para muchos la redención de injusticias y desigualdades, era el que se levantaba en contra de un status quo represivo. Esto era lo importante y no el apoyo a una invasión o a un régimen autoritario. Para grandes multitudes no había habido una solución al problema palestino precisamente por la mancuerna americano-israelí o las monarquías continuaban su existencia porque servían a los intereses de Occidente; para otros se trataba -como ya lo había pronosticado Hussein en un discurso<sup>3</sup>- de una especie de primera guerra americano-árabe, del comienzo de la hegemonía directa de Estados Unidos. —

Después de la apabullante derrota militar y el embargo impuesto por Occidente, Irak se convirtió en el prototipo de la potencia regional en descenso. Saddam Hussein se mantuvo en el poder, sin embargo, no sólo porque Estados Unidos no lo quiso

derrocar sino porque lo respaldaba el ejército, el partido Baas y la amplia estructura estatal. Otro factor importante fue el odio de su pueblo hacia los norteamericanos; un pueblo que sufre las consecuencias del embargo económico impuesto por las Naciones Unidas. Según el iraquí Nabil Nejim Tak-triti más de 80 mil niños menores de cinco años murieron en la posguerra en Irak y otros miles -fueron víctimas de otras enfermedades debido a la falta de recursos provocada por la guerra y por el embargo internacional<sup>4</sup>. Por otro lado ningún líder árabe de la coalición buscaba el derrocamiento de Hussein ni muchos menos Estados Unidos que temía la posibilidad de que un Irak fraccionado - en un norte kurdo y un sur shiita- pudiera aumentar la influencia del Irán o desestabilizar a su aliado tradicional, Turquía. Durante la revuelta shiita en el Sur del Irak a comienzos de 1991 participaron brigadas entrenadas en Irán. Unos kurdos independientes en Irak habrían podido influenciar a sus connacionales en Turquía.

Siria ya había comenzado a ejercer cierto liderazgo desde la década de los setenta, con el aislamiento egipcio, a través de una política más orientada hacia sus problemas nacionales y por su; influencia en el Líbano respaldada por otros países árabes. Su alianza con la URSS la fortalecía; su propósito era la paridad estratégica. Con la caída de la URSS se debilitó la propuesta e intentó amoldarse a las nuevas relaciones internacionales: participó en la guerra apoyando la coalición aliada cuando Estados Unidos necesitaba el apoyo árabe. Accedió a ir a la Conferencia de Madrid donde comenzaron las negociaciones con su archienemigo, Israel. La presencia siria en el Líbano fue ratificada por los acuerdos de Taif de 1989 (que concluyeron la sangrienta guerra civil iniciada en 1975) y fue aceptada por casi toda la región al igual que por Estados Unidos. Siria, que ha estado desarmando milicias dentro del arduo; proceso de paz en el Líbano, fue premiada por los vencedores de la guerra del Golfo no solo política sino también financieramente por parte de Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. Con la nueva situación los sirios consolidaron su posición hegemónica en el Líbano. Han comenzado a

3. Véase Orbis, invierno de 1991, pp. 117-119.

4. Citado por Fajardo, Elias, "La guerra del Golfo, un año después", Cuadernos del Tercer Mundo, Rio de Janeiro No.137, p. 32; una visión muy crítica sobre el embargo y sus consecuencias que, según el autor, no solamente harán prácticamente del Iraq un país preindustrial sino que además fortalecerá a Hussein, véasep René Dumont, "La population irakienne punie par l'embargo", Le Monde Diplomatique, diciembre de 1991, pp. 14-15.

rearmarse con los Estados Unidos lo cual podría facilitarles una mayor actuación y participación en los problemas regionales. Siria continúa, pues, con una cierta presencia regional y ha mostrado moderación en lo que atañe a Israel.

Arabia Saudita ha demostrado en varias ocasiones su intrínseca debilidad y es tal vez el país donde más se siente la necesidad del apoyo extranjero -hoy por hoy, de los Estados Unidos. Su población es pequeña, y a pesar de haberse dedicado a la compra de armas sofisticadas, no tiene la posibilidad de defenderse a sí misma. Cuando ocurrió la toma de la gran mezquita de la Mecca (1979) no tuvo otra alternativa que recurrir a comandos franceses; durante la primera guerra del Golfo hizo lo que en muchas oportunidades ha hecho, pagar por protección. Su rival, Irán, se perfila nuevamente con influencia en el Golfo. Está siendo presionada para que inicie un proceso de democratización y le preocupa todo intento de democratización en los países vecinos, como Jordania, Kuwait y Yemen. Las relaciones con Jordania con posterioridad a la guerra no podían ser peores. Habían sido relativamente buenas pero la guerra las deterioró, sobre todo cuando los saudíes -al ver que Ammán no los apoyaba- le cortaron el petróleo y expulsaron a los jordanos en un momento en que Jordania iniciaba una política liberalizante. A los saudíes les ha preocupado la unificación de Yemen cuya población es ahora mayor que la de ellos. Muchos oficiales yemenitas han sido entrenados en Irak y se cree que hay miles de consejeros iraquíes en Yemen. Arabia expulsó a más de medio millón de yemenitas, por considerarlos una quinta columna y después de la unificación de Yemen un periódico oficial publicó un mapa del Yemen cuyas fronteras hacia el norte reclamaban inmensos territorios<sup>5</sup>. Cualquier cambio violento en Arabia Saudita produciría un gran impacto en los emiratos del golfo. Toda esta situación constituye un inmenso peligro para los saudíes; su futuro podría parecer bastante incierto, pero la riqueza petrolera y la alianza con Occidente mantendrán estable a la monarquía.

Históricamente Irán ha tendido a ser la potencia regional. Los primeros 10 años de política exterior de la República Islámica del Irán estuvieron marca-

dos por el radicalismo reflejado tanto en esfuerzos por promover la revolución islámica como por desestabilizar a los países del Golfo que apoyaron a Irak. Sus únicas zonas de influencia estaban en el Líbano y en Afganistán. De cierta manera, esos días están cada vez más lejanos con el ascenso al poder de los moderados en Irán, el fraccionamiento de la URSS, la primera guerra del Golfo y la derrota del único país capaz de lograr una paridad en el Golfo, Irak. Irán intenta hoy en día insertarse en las relaciones internacionales combinando el radicalismo anterior con una política exterior más moderada. Según Argel el Frente Islámico de Salvación ha sido entrenado y financiado por Teherán. La oposición en el Sudán denunció la presencia de 18000 militares en este país y la presencia de la armada iraní en el Mar Rojo. Las nuevas repúblicas musulmanas de la ex-URSS se presentan como potenciales mercados. Se han establecido relaciones diplomáticas con todas las repúblicas del Asia central. Existen ya planes concretos de explotación del petróleo en el Mar Caspio con Azerbaiján, Kazajistán y Turkmenistán. A principios de 1992 Rafsanyani anunció la intención de crear una organización de cooperación económica, con sede en Teherán, que cobijaría a Azerbaiján, Turkmenistán y Kazajistán. La exclusión de Turquía, rival histórico, era de esperarse<sup>6</sup>. Así las cosas, los árabes del Golfo tendrán que medírselas con Irán ya que Irak está derrotado. Irán es el prototipo de una potencia en ascenso.

Egipto es el gran vencedor de la contienda. Su rival, Irak, ha sido eliminado y su liderazgo regional confirmado. Hace hincapié en el papel central que juega en la seguridad regional. Egipto, que a partir del tratado de paz con Israel (1979) había sido aislado del concierto árabe, inició su reinserción a mediados de la década de los ochenta, entre otras por su apoyo a Irak y a los estados del Golfo durante la primera guerra del Golfo y su posible intervención como único interlocutor válido al reconocer la OLP a Israel. Durante la crisis del Golfo, Egipto ocupó un gran espacio político, convirtiéndose en el líder árabe que apoyó la coalición antiiraquí; fue el contrapeso de las manifestaciones que apoyaban a Hussein en el Magreb, Jordania, Sudán, Yemen y entre los palestinos, envió el contingente militar más poderoso entre los árabes -el tercero después de

5. Hermann Frederick Eilts, "The Persian Gulf Crisis: Perspectives and Prospects", *Middle East Journal*, vol 45, No. 1, invierno de 1991.

6. Véanse más detalles al respecto en Ahmad Farougy, "L'Iran á la recherche d'une politique régionale", *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1992, p. 7; Jerrold Green, "Iran's Foreign Policy: Between Enmity and Conciliation", *Current Affairs*, enero de 1993, pp. 12-16.

Estados Unidos y la Gran Bretaña-; su territorio fue clave como vía estratégica durante el conflicto. Demostró no ser esencialmente ni pro Israel ni pro Estados Unidos, conservando lazos con Libia y con Siria y obtuvo una jugosa recompensa económica en la medida en que la Comunidad Europea le aportó US\$ 240 millones como país afectado por la guerra, -el Banco Mundial y el FMI le otorgaron créditos por US\$ 440 y 300 millones, respectivamente. Solicitó créditos al Club de París por US\$ 687 millones, se le anuló la deuda militar norteamericana (US\$ 7200 millones) y los Estados Unidos y los estados del Golfo le condonaron gran parte de su deuda externa. A pesar de las pérdidas ocasionadas por la guerra estas jugosas ganancias habrían podido estabilizar socialmente a Egipto. Sin embargo, al mismo tiempo la aplicación del modelo del FMI, que prevé el alza de 25 a 35% en ciertos productos básicos, el despido masivo en empresas recientemente privatizadas y la re inserción de 600.000 trabajadores provenientes de Kuwait, Irak y Jordania podrían afectar la estabilidad social<sup>7</sup>.

El hecho es que Egipto jugó un papel fundamental en las negociaciones que condujeron a la Conferencia de Madrid. La sede de la Liga Árabe retornó a El Cairo y un egipcio fue nombrado su secretario general. Con la derrota del Irak, el único rival que le quedaba para convertirse en el referente político de la región, era Siria -que como hemos dicho se perfilaba con una cierta influencia regional. Pero las relaciones con este país mejoraron mucho desde la fundación del Consejo de Cooperación Árabe (1989) y su conjunta participación en la guerra. Egipto tiene la ventaja de sus buenas relaciones con Occidente, Libia, Siria, Israel, los estados del golfo, es decir con los más diversos regímenes, lo que hará posible un rol de garante y mediador. El país ha marcado tradicionalmente derroteros en la región. Con la guerra Egipto intentó retomar aquel papel de liderazgo perdido a partir del tratado de paz con Israel. La Declaración de Damasco (6 de marzo de 1992) parecía haberlo cumplido, pero el hecho que quedara tan sólo en el papel echó por tierra los planes egipcios de tener tropas en el Golfo. Por ahora un tropiezo.

El fracaso de la Declaración de Damasco indica claramente la fragilidad de la coalición antiiraquí. La tensión entre los Estados del Golfo y los mediterráneos data de largo tiempo. En últimas, los regímenes son distintos. Aún hoy los emires consideran a los egipcios y sirios como pobres y pedigrüños. No solamente existen rivalidades entre los Estados del Golfo, en medio de los cuales Arabia desea el liderazgo, sino también, difieren de opiniones sobre quién amenaza a quién. Por eso no hubo acuerdo para establecer un ejército común en el Golfo. Para Kuwait está claro que el peligro proviene del Irak. Egipto por el contrario, ve a Irán como su rival. Pero Omán y los Emiratos Árabes Unidos querían un pacto de seguridad con Irán. Kuwait deseaba la presencia de tropas extranjeras, pero los saudíes no.

Con la invasión a Kuwait se hizo visible la vulnerabilidad de las fronteras que tradicionalmente no habían estado claramente demarcadas. Se reanudó el litigio Bahrein-Qatar así como el conflicto entre Arabia Saudita y Qatar, que llevó a este a buscar apoyo de Irán e Irak. En diciembre de 1992 se celebró un pacto entre los saudíes y Qatar que no toleraba coqueteos con Irán e Irak. ¿Desea Arabia controlar la península sin ningún conflicto directo?<sup>8</sup>

De todas maneras, los conflictos inter-estatales han sido numerosos desde la fundación de los estados contando con múltiples reversiones de alianzas y con las más diversas intensidades, pero nunca ha habido una verdadera potencia hegemónica, sino más bien liderazgos de algunos países. Irak tenía la intención de convertirse en una verdadera potencia hegemónica regional. Por eso fue detenida. Al no lograr su proyecto expansionista no hubo ruptura. Así, el hecho de que Egipto se fortalezca, Irak esté derrotado, Irán se mantenga con un perfil de potencia exterior eficaz o Siria se modere dentro del "nuevo" orden, no parece, por ahora, causar grandes convulsiones regionales. El cambio en el equilibrio de poder que ya se percibe no significa una ruptura. Hay que tener en cuenta que cualquier intento de romper con el orden del petróleo que le conviene a Occidente será reprimido por éste con gran violencia tal como se mostró claramente en la segunda guerra del Golfo pérsico.

7. Wolfgang Köhler, "Das innerarabische Machtgefüge", en, Udo Steinbach, Arabien: Mehr als Erdöl und Konflikte. Opladen, 1992, pp. 27-35; Zelmys Dominguez/Egipto: su papel en el Medio Oriente de posguerra", Revista de África y Medio Oriente, vol. 8, No. 2, 1991, pp. 3-7

8. Olivier de Lage, "Illusoire sécurité collective sans l'Irak et l'Iran", Le Monde Diplomatique, febrero de 1993.

### III. LOS CONFLICTOS PALESTINO-ISRAELI Y ARABE-ISRAELI

Dos conflictos han sentido el impacto de la guerra y probablemente a partir de ahora su solución está muy cerca: el palestino-israelí y el árabe-israelí.

El que la guerra haya despertado esperanzas en los palestinos es apenas lógico. Para agosto de 1990 -fecha de la invasión- no solo la Intifada (insurrección árabe) se hallaba en un infructuoso tercer año, sino que en junio de 1990 se había formado en Israel un intransigente gobierno de derecha bajo el partido Likud de Shamir con una serie de pequeños partidos ortodoxos. Estos rápidamente rechazaron las propuestas de solución al conflicto árabe-israelí y palestino de Baker y Mubarak de los meses anteriores. A comienzos de 1992 se reportó por primera vez violencia por parte de palestinos israelíes palestinos que viven en Israel- con una marcada influencia fundamentalista. Estos palestinos que son objeto de discriminación por parte de Israel -por cada shekel que Israel gasta en un ciudadano palestino, gasta 2.5 en uno judío-<sup>9</sup> impulsados por la Intifada y el auge del fundamentalismo podrían conformar una futura quinta columna.

El auge del fundamentalismo en Cisjordania tiene nombre propio: Jamas. Este grupo es un producto directo de la Intifada y se fundó en el mes en que comenzó ésta, diciembre de 1987.

Hoy por hoy, es el gran rival de la OLP. Su gran popularidad radica en sus campañas moralizantes. Postula que el nacionalismo hace parte de la doctrina religiosa y persigue a los colaboradores de Israel. La relativa juventud de sus líderes junto con su elevado nivel de educación y su probidad moral les ha ganado adeptos, tanto en los jóvenes desilusionados de la OLP, como en las clases medias. Su gran consolidación se produce en la medida en que la OLP se debilita o desprestigia, sobre todo cuando la campaña de esta organización, iniciada a partir del reconocimiento de Israel en 1988 no ha dado grandes resultados. La OLP se debilitó, además, porque tomó partido por Irak en la guerra lo cual le produjo una pérdida de recursos y la división interna. Mas aún, puesto que Jamas se opuso a la invasión iraquí a Kuwait, esgrimiendo la autodeterminación, parece

que ahora recibe apoyo financiero de los emiratos. Así fortalecida logró, en la inmediata posguerra convertirse en líder de diez grupos que se oponían al proceso de paz a iniciarse en Madrid. Y mientras más se prolongaba este proceso, más fuerza cobraba Jamas. En 1992 abrió una oficina en Teherán y al parecer recibe apoyo financiero de Irán. El movimiento tiene además oficinas en el Líbano y en Jartum.

Jamas dio un vuelco hacia la defensa de la nacionalidad, convirtiéndose en rival de la OLP. En marzo de 1993 Jamas aceptó en principio una soberanía parcial en Gaza y en Cisjordania pero aún sin reconocer a Israel: no hablaba de Estado islámico sino de sociedad islámica, modificó la retórica anti-judía, aceptó la posibilidad de dos estados democráticos, promoviendo la guerra santa y la no negociación con Israel. Detrás de todo esto se esconde un pragmatismo con el objetivo de conquistar la dirección de la OLP y liderar la causa nacionalista -antes secundaria en su programa<sup>10</sup>. Así las cosas, la guerra, que trajo consigo el fortalecimiento de Jamas, es un mecanismo más de presión para que la OLP negocie.

La guerra trajo consigo el tercer gran desplazamiento de palestinos en este siglo. El primero había sido durante la primera guerra árabe-israelí (700.000 refugiados) y el segundo durante la guerra de junio de 1967 (300.000 refugiados). Esta tercera ola fue a parar en su mayoría a Jordania, un país que tenía serios problemas económicos y políticos, lo que dificultaba su recepción. La mayoría vivía en Kuwait y perdió prácticamente todo lo que tenía. Hoy en día la tercera parte de la población en Jordania consta de refugiados palestinos. Kuwait ha adoptado la política de expulsar masivamente a los palestinos. Según Kuwait, los palestinos traicionaron al país que los aceptó, pues apoyaron la invasión iraquí. Esta colaboración, sin embargo, fue mínima. La mayoría había permanecido pasiva. Las condiciones en Cisjordania y Gaza se deterioraron. Durante la guerra, Israel cerró sus fronteras a los 120.000 trabajadores de las zonas ocupadas causando un desempleo del 40% en Gaza y del 33% en Cisjordania. Si bien las abrió en parte en la posguerra y más o menos la mitad volvió al trabajo, las oportunidades serán más escasas debido a la emi-

9. Time, abril 13 de 1992.

10. Wendy Kritianasen Levit, "De l'islamisme radical á la logique nationaliste", Le Monde Diplomatique, mayo de 1993.

gración de la ex-URRS y a la política del gobierno de eliminar la dependencia de la mano de obra árabe. Toda esta situación ha influenciado la visión política y las perspectivas de los cuatro millones de palestinos que habitan tanto en las zonas ocupadas como en Jordania, causando entre ellos pesimismo y descontento así como un futuro incierto<sup>11</sup>. Fue esta agudización de la situación la que tuvieron que tener en cuenta las dos partes negociadoras del conflicto palestino-israelí. Además en las zonas invadidas en 1967, Gaza y Cisjordania, tiene lugar la Intifada (iniciada desde diciembre de 1987), una gran represión por parte de las fuerzas israelíes y un crecimiento del radicalismo integrista. La expulsión de 415 palestinos fue un acto sin precedentes; para muchos despertó el temor de que se hiciera realidad lo que ciertos israelíes siempre han querido, expulsión masiva.

Como consecuencia directa de la guerra tuvieron lugar otros dos acontecimientos encaminados a resolver el conflicto: la Conferencia de Madrid -a partir de octubre de 1991 - lograda después de arduas gestiones por parte de los Estados Unidos y el triunfo del laborismo con Rabin en junio de 1992.

La guerra dejó muy claro que para los Estados Unidos la región del Golfo es clave cuando la competencia energética y económica entre europeos, japoneses y americanos suplanta la anterior rivalidad bipolar y militar. Aquí pierde su importancia el papel tradicional de Israel de contener el comunismo. Este importante factor hizo que los Estados Unidos presionaran a Israel a negociar<sup>12</sup>. Por otra parte, gracias a la victoria de la coalición aliada, Estados Unidos logró que todas las condiciones de Israel se hicieran realidad: que se excluyera de la conferencia a la OLP, la ONU, los representantes de Jerusalem oriental. El tema de Jerusalem; que tuvieran lugar conversaciones bilaterales y que la agenda incluyera como tema principal la necesidad de un autogobierno como primer paso a una solución final, aún no prevista. Pero a los Estados Unidos les habría sido imposible sostener la flagrante contradicción entre su participación, anunciada con bombos y platillos para restituir una soberanía basada

en las resoluciones de la ONU, y su pasividad para no hacer valer otras resoluciones de esta institución, en lo que atañe a las zonas invadidas por Israel. La participación árabe en la guerra tenía que ser recompensada. Por último, estaba también en juego el prestigio de los Estados Unidos.

El triunfo del laborismo se debe, por un lado, a que muchos israelíes estaban hastiados de la intransigencia del Likud, y por el otro, a que la terrible experiencia del bombardeo por Irak, seguramente les hizo creer en la necesidad de lograr la paz. Según Clyde Haberman fue el triunfo de lo pragmático; se votó en contra de la ideología inflexible del Likud; ganó la ideología sin compromiso<sup>13</sup>. Según encuestas el 65% de la población estuvo a favor del acuerdo Gaza-Jericó<sup>14</sup>.

Rabin, por su parte, no es un moderado. Habla de una autonomía de los territorios invadidos, para luego conformar una federación con Jordania y que Jerusalem seguirá siendo parte de Israel. En otras palabras, se dio un no rotundo al estado palestino; no se volverá a las fronteras anteriores a la guerra de 1967. También ha dicho en varias ocasiones que sólo se conservarían los asentamientos políticos en Cisjordania, refiriéndose a aquellos que tienen que ver con la seguridad de Israel. Muchos palestinos veían en todo esto una continuación de la intransigencia del gobierno anterior y señalaban que Israel debía acatar las resoluciones 242 y 338 de las Naciones Unidas, según las cuales el principio de tierra por paz es fundamental. Incluso la Comunidad Europea ha expresado la necesidad de tal flexibilidad.

El aislamiento de Israel probablemente constituyó también un factor para llegar al acuerdo. Además, a Rabin le tocó aceptar que el camino a la paz sin la OLP es imposible. Reconoció que los habitantes de los territorios ocupados actuaban en coordinación con la central palestina. Comprendió que la política de la fuerza tiene sus límites<sup>15</sup>. Rompió definitivamente con una larga tradición de no reconocer la tragedia de los palestinos.

11. The Washington Report on Middle East Affairs vol. 10, No. 2, julio de 1991, p. 54.

12. Mohamed Sid Ahmed, "La métamorphose des conflits au Proche-Orient", Le Monde Diplomatique, diciembre de 1991, p. 13.

13. Clyde Haberman, "Israel's Vote Shows It's Tired of Ideology", The New York Times, junio 28 de 1992.

14. Alain Gresh, "La colombe et l'architecte", Le Monde Diplomatique, octubre de 1993.

15. Amnon Kapeliouk, "Les raisons du revirement de M. Rabin", Le Monde Diplomatique, octubre de 1993.



La OLP, al haber apoyado a Irak, perdió la financiación de los países árabes así como el arduo trabajo de años que le significó prestigio y fortaleza. Para Israel en cambio, se convirtió en una situación favorable. Además, al interior de la organización surgían críticas contra Arafat. En los territorios ocupados aumentaba la competencia con Jamas. A pesar de todo esto, una cosa era cierta: detrás de la delegación enviada a las conversaciones de Madrid estaba la OLP. Sin la OLP no había posibilidad de paz.

Solucionar el problema de la diáspora palestina implicaba desactivar una bomba de tiempo, dividiendo a sectores radicales y vinculando Israel a la región y al mundo. De haberse resuelto su problema, ¿habrían apoyado los palestinos a Irak?

El 13 de septiembre de 1993 se firmó el acuerdo Gaza-Jericó entre Rabin y Arafat. El largo camino hacia la moderación emprendido por la OLP desde la década de los setenta experimentó entonces un punto álgido. Para Israel el triunfo de los moderados era algo inesperado. Después de tanto derramamiento de sangre no había otro camino.

Hasta ahora la parte que más ha cedido es sin duda la OLP. Para Israel, la autonomía de la Franja de Gaza implica librarse de un constante dolor de cabeza. Ya se había propuesto dentro del gobierno israelita la posibilidad de entregar la zona con argumentos tales como, que Gaza no tiene valor estratégico alguno ya que la paz con Egipto ha sido duradera, que la zona no simboliza nada para la religión judía, que es el centro de resistencia más tenaz -allí nació la resistencia palestina en la década de los 50- que es ingobernable a raíz de la Intifada y que además una encuesta reveló que el 85% de la población de Israel estaba de acuerdo con la retirada. A partir de la iniciación de la Conferencia de Madrid la violencia se recrudeció inclusive entre la OLP y los fundamentalistas<sup>16</sup>.

El Líbano ha venido sufriendo tanto por su fraccionamiento interno como por la intervención extranjera que ha conducido a fortalecer a uno u otro bando en el país. Con la invasión siria de 1976, la llegada de la OLP a partir de 1970 y las respuestas de Israel -primera invasión 1978- el estado libanes

definitivamente perdió su soberanía. En vista de los graves problemas que presentaba la implantación de los acuerdos de Taif-firmados nueve meses antes de la invasión a Kuwait- las partes firmantes miraban hacia Siria. La participación de ésta en la coalición occidental dio luz verde a la pacificación del Líbano. Así, el Líbano es un país que de facto sufre la intromisión de sirios e israelíes. La Conferencia de Madrid podría solucionar este hecho ya que los acuerdos de Taif constituyen el gran antecedente a nivel interno.

Jordania, que como veremos más adelante había iniciado un proceso de apertura política, se vio presionada a asumir una posición neutral durante la guerra por su Parlamento y su mayoría palestina. Dicha neutralidad fue interpretada como una alianza con Hussein. A última hora Jordania aceptó el plan de paz de los Estados Unidos y mediante la promulgación en la inmediata posguerra -el 6 de junio- de una Carta Nacional, alivió presiones internas, abriéndose paso para la Conferencia internacional.

En cuanto a Siria, la moderación mencionada anteriormente, le permitió también participar en la Conferencia internacional.

Así pues, contando también con la presencia de Siria, Jordania y el Líbano, la Conferencia de Madrid intentó solucionar no solo el conflicto árabe-israeli sino también el palestino-israelí.

#### IV. EL NACIONALISMO ÁRABE

Para algunos observadores, la guerra constituyó el final del mito del nacionalismo, es decir de la unidad árabe. No se dió una solución panárabe. Primaron los intereses particulares de cada Estado en vez de los intereses de todos los árabes. No hubo acuerdo respecto a tomar una decisión sobre la invasión, aún tratándose de una invasión extranjera. Si bien hubo manifestaciones nacionalistas, éstas no abarcaron todo el mundo árabe. La Liga Árabe fracasó<sup>17</sup>.

Según estos autores, Egipto y Siria, que recibieron todo el apoyo posible de parte de los estados del Golfo, estaban convencidos de que jugarían un papel decisivo en la estrategia regional después de la guerra. Los estados del Golfo, por el contrario,

16. Nadine Picaudou, "Trente-cinq ans d'effervescence á Gaza, berceau de la résistance", Le Monde Diplomatique, mayo de 1993.

17. Udo Steinbach, "Die Krise am Golf -ein heilsamer Schock?", Udo Steinbach, op. cit., pp. 13-19.

decidieron buscar arreglos bilaterales de seguridad con los Estados Unidos. Un fenómeno similar ocurrió con la actitud tomada por los países ricos del Golfo al presionar a emigrar a miles de trabajadores emigrantes procedentes o de países pobres como Egipto, Yemen, Jordania o de origen palestino. Así se rompió con ese acuerdo de ayuda a los países más pobres de la región. Estos países se enfrentan con graves problemas para asimilar a esta gran cantidad de desempleados repatriados<sup>18</sup>. Otros autores traen a colación las nuevas tensiones entre saudíes vs. yemenitas y jordanos o la falta de consenso al votar a favor de la intervención norteamericana<sup>19</sup>.

En contra del nacionalismo también existieron argumentos tales como que los movimientos panárabes de los sesenta y setenta habían desaparecido, el nasserismo y el baasismo se habían anquilosado, la unidad árabe ya no era tema para nadie y por primera vez en la historia contemporánea una coalición de árabes se unía a una occidental para derrotar a un "hermano" árabe. Para estos autores el problema radica en que se le otorga al nacionalismo identidades típicas de su época radical, es decir, de las décadas de los cincuenta y sesenta: unidad e independencia, igualdad social, libertad, prevailecimiento del antiimperialismo y del socialismo sobre la unidad panárabe. Por lo general, las diversas interpretaciones tienden a asociar estos elementos; si llegase a faltar uno de ellos, se dice que el nacionalismo fracasaría.

El problema es bastante complejo, poco homogéneo. Apoyar a Hussein no significaba necesariamente apoyar la invasión a Kuwait ni tampoco la utopía de la unificación. Se manifestaba, sin embargo, una fortísima oposición a una invasión extranjera que castigaba una invasión, la de Kuwait, pero a su vez se mostraba complaciente con otra, la de los territorios ocupados. Se expresaba así una posición antiimperial y de solidaridad. La política de doble faz de los americanos era así denunciada.

En el caso de Egipto, cuando firmó el acuerdo con Israel (1979), para muchos estaba claro que estaba intercambiando el panarabismo por sus inte-

reses de seguridad. Sin embargo Sadat expresó que ese era el primer paso hacia la solución de todos los problemas con Israel. Además, la identidad de Egipto con los otros árabes no estaba siendo necesariamente relegada. El egipcio se siente egipcio, pero también musulmán y árabe la vez.

Las tesis triunfalistas en contra del nacionalismo se desvanecen ante otros hechos. Según Hilal Khashan fueron los líderes quienes apoyaron la coalición pero no los pueblos. Las manifestaciones populares y protestas en Argelia, Túnez, Libia, Jordania, Marruecos, Siria, Cisjordania y Egipto constituyen una prueba de ello. Pero, ¿que se encuentra detrás de estas expresiones populares? se pregunta el autor. La respuesta está en la fortaleza del nacionalismo. Se trata de un panarabismo transformado pero real. Para demostrar lo dicho, en agosto de 1990 el autor realizó una encuesta entre 462 estudiantes musulmanes libaneses<sup>20</sup>. Así mismo As'ad AbuKhalil afirma que "Durante la guerra, la opinión pública árabe se manifestó -por primera vez en su historia contemporánea- en una reacción colectiva de las masas árabes en el Magreb y en el Mashreq, reflejando ambas regiones intereses, sentimientos y aspiraciones comunes".<sup>21</sup> Además, para As'ad AbuKhalil, se perfila en la región una nueva ideología árabe que consta de tres elementos fundamentales, a saber, el nacionalismo árabe, el Islam y la democratización. La guerra trajo consigo una unidad emocional expresada en intensidades diversas dependiendo de las condiciones de represión. El gran disparador fue la reacción espontánea a un hecho monumental, el enfrentamiento de un ejército árabe con los Estados Unidos y sus aliados. La nueva ideología está basada en dos grandes conceptos: por un lado, existen sentimientos comunes y una herencia lingüística y cultural -para algunos hay además una herencia religiosa- y por el otro, la idea de que algunas fronteras no son solamente artificiales sino también indeseables. Además algunos estados son vistos como serviles a los intereses de Occidente. Inclusive Kuwait que, como se mencionó antes, había celebrado acuerdos bilaterales de seguridad con los Estados Unidos, poco después se mostró dispuesto a mostrar un equilibrio entre sus

18. Martin Indyk, "Watershed in the Middle East", *Foreign Affairs*, vol. 71 No. 1, pp. 75-77.

19. Robín Wright, "Unexplored Realities of the Persian Gulf Crisis", *Middle East Journal*, vol. 45, No. 1.

20. "The Revival of Pan-Arabism", *Orbis*, invierno de 1991, pp. 107-116.

21. As'ad AbuKhalil, "A New Arab Ideology? The Rejuvenation of Arab Nationalism", *Middle East Journal*, vol. 46, No. 1 invierno de 1992, p.26

relaciones con la superpotencia y sus vínculos panárabes<sup>22</sup>.

Se percibe una continuidad en el nacionalismo árabe aunque ya no de corte radical como en la década de los cincuenta y sesenta, que fue el que Hussein intentó revivir. Sin embargo, queda claro que esa reacción espontánea y nacionalista de los pueblos presenta un problema: la brecha entre gobernantes y gobernados parece abrirse aún más. No obstante ello, hasta el momento no ha habido grandes insurrecciones populares.

## V. DEMOCRATIZACIÓN Y FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO

Dos procesos íntimamente ligados, que en la década de los setenta y ochenta comenzaron a tomar fuerza, sin duda marcarán un derrotero en el futuro: la democratización y el fundamentalismo islámico.

La creencia en la democracia y en el fundamentalismo es el producto del desgaste de los regímenes surgidos durante el proceso de descolonización, los cuales experimentaron variados modelos modernizantes, sin poder satisfacer los grandes problemas de sus poblaciones. Ambos representan proyectos que no han sido puestos en práctica y que, por lo tanto, crean esperanzas.

Los proyectos de democratización están íntimamente ligados a la gran presión de los sectores fundamentalistas. Son éstos los que han logrado las primeras aperturas democráticas -exceptuando al Yemen- teniendo como telón de fondo malestares socio-económicos. En los países en donde el fundamentalismo es más fuerte -la oposición más numerosa- la presión democrática es más poderosa. El uno va a la par con el otro, como en Egipto, Argelia y Jordania. Mientras en aquellos países en los cuales el

fundamentalismo ha sido reprimido, como en Siria, el proceso es muy lento o donde el movimiento es débil, la democratización lo es también como en Arabia y Kuwait. Hay que agregar que presiones internacionales en apoyo a la democracia son nulas pues no están incluidas en el llamado nuevo orden.

Una de las controversias suscitadas por los dos procesos es la tesis de la incompatibilidad entre el Islam y la democracia. No es cierto que la disyuntiva sea o lo uno o lo otro<sup>24</sup>. La verdad es que el Islam se presta para las más variadas interpretaciones. Por medio de él se han apoyado democracias o dictaduras. Existen conceptos como el shura (consulta), igualdad, justicia social y también el compromiso con las reglas divinas que no pueden ser sustituidas por la voluntad del pueblo.<sup>25</sup>

La discusión no es nueva, pues en el siglo XIX se habían formulado ideas parecidas, que luego durante el auge de los estados revolucionarios de las décadas de los cincuenta y sesenta se abandonaron, por considerarse que la democracia era una importación del imperialismo. A partir de la década de los setenta, con la paulatina pérdida de influencia de los regímenes radicales, se sintieron impulsos en diversos organismos tales como los partidos, los parlamentos, los gremios y los medios de comunicación que señalaban exigencias en el campo de los derechos humanos, las libertades burguesas, la libertad de organización, la liberalización de la vida política y la participación en la toma de decisiones. Con la crisis de la década de los ochenta estas exigencias fueron más masivas y agudas. Por primera vez se cristalizó una discusión intelectual sobre el problema del orden político. En el centro de la controversia estaba el orden que debía ser justo frente a los diversos intereses que se habían establecido a partir del capitalismo dependiente. No se trataba de una mera imitación de la democracia liberal, puesto que muchos se habían sentido víctimas de Estados contruidos a partir de este modelo y además habían sido víctimas de mecanismos de participación manipulados en su propio país. Por eso se encontró un concepto islámico, la shura: reglas sobre consulta y asesoría para la toma de decisiones políticas, que se encuentran tanto en el Corán como en los comenta-

22. Abukhalil, op. cit., pp. 26-29; el libro de Albert Hourani, La historia de los árabes, Buenos Aires, Vergara, 1992 demuestra también la existencia de la cultura común que los árabes comparten desde la fundación del Islam.

23. Muchos árabes entienden por democracia la participación de diversos sectores de la sociedad civil en el poder como también afirma As'ad Abukhalil señalando, además, que para "...muchos árabes (en la era de la posguerra del Golfo) la fé en la democracia está basada en la idea de que ningún estado permanecerá a no ser que sea controlado democráticamente. Abukhalil, op. cit., p. 29.

24. Sobre la tesis de esa incompatibilidad véase Indyk, op. cit., pp. 78-80.

25. Sobre los diferentes intérpretes del Islam véase John L. Esposito y James P. Piscatory, "Democratization and Islam", Middle East Journal, vol. 45, No. 3, verano de 1991, pp. 434-438.

nos jurídicos clásicos y que se convirtieron en punto de partida de una variante específicamente islámica de la teoría de la democracia.<sup>26</sup>

Que el proyecto democrático tiene fuerza es una realidad constatada a través de numerosos ejemplos: con un cierto éxito entre 1989 y 1990 en Argelia, Egipto, Jordania, Marruecos, Sudán, Yemen y en menor grado en Kuwait, Marruecos y Túnez. Algunos lo anunciaron como Arabia y Omán. En 1990 y 1991 se promulgaron o redactaron leyes que permitían la legalización de los partidos políticos en Argelia, Irak, Jordania, Siria y Yemen. Otras experiencias fueron más tímidas o meras promesas de apertura política. En Omán, por ejemplo, el sultán anunció en 1990 la creación de una asamblea con-sultativa. Si los regímenes autoritarios como el del mismo Hussein invocan la democracia es porque logran resonancia en la base. En Irak hubo elecciones parlamentarias en 1989 y, tras la derrota en 1991, se anunció que en el país regiría una sociedad más plural. En Siria también las hubo en 1990 aunque solo participaron partidos que no podrían llamarse de oposición, pero aumentaron los escaños ocupados por candidatos independientes. En el mismo año en Túnez se celebraron comicios municipales y en el Yemen recién unificado se eligió un parlamento interino<sup>27</sup>. En Arabia en julio de 1991, los clérigos musulmanes, los jueces y los profesores universitarios firmaron una carta presionando a la monarquía para que definiera claramente la asamblea que tanto había prometido. Una encuesta realizada en Egipto entre 5500 personas en mayo de 1991 reveló que el 56% veía con buenos ojos a los gobiernos verdaderamente democráticos, mientras que un 27.6% deseaba una aplicación inmediata de la sharia<sup>28</sup>. Este proceso de democratización es complementado por el renacimiento islámico.

Si bien en la historia moderna cobra gran

auge el renacimiento islámico ante el avance imperialista del siglo XIX este movimiento no es nuevo pues los movimientos de renovación desde dentro surgieron en el mismo siglo que la fundación del Islam<sup>29</sup>. Así, como acabamos de ver para la democracia, es también para el fundamentalismo a partir de la pérdida de influencia de los radicales cuando vuelve la discusión en la década de los setenta sobre el papel del Islam<sup>30</sup>. En la década de los ochenta ante el fracaso de los modelos modernizantes cobra gran fuerza el movimiento de una forma radical, impulsado por el triunfo de la revolución en Irán. Como condiciones tenía los fracasos de los políticos de turno, la corrupción, los disturbios sociales y los reveses económicos. Su éxito radicó en la sencilla identificación que podía tener un creyente con una ideología de la cual hace parte. Marx, en últimas, era extraño para muchos; la mezquita y las escuelas han sido un gran medio de difusión e inclusive varios estados los habían apoyado, para contrarrestar las fuerzas de izquierda, fueran marxistas o nacionalistas - como por ejemplo, Israel en su enfrentamiento con la OLP.

El renacimiento islámico como ideología política sigue siendo una fuerza a pesar de las diversas persecuciones que han sufrido en Argelia, Egipto, Jordania, Siria, Arabia Saudita, Irak, Líbano y Túnez. A finales de la década de los ochenta se vislumbraba una nueva fase: muchos fundamentalistas transitaron del radicalismo a la moderación y se insertaron en la legalidad. Además, el "establishment" los aceptó. Las élites dominantes comprendieron que para cualquier tipo de reforma se necesita el apoyo de otros sectores de la sociedad civil. Por fin se reconoció la importancia de estos movimientos. Un desgaste por parte de las instituciones daría lugar a nuevas formas de cooperación. Así, por un lado, los fundamentalistas tendrían que asumir una responsabilidad en los múltiples problemas del país y por el otro, su inserción en la legalidad contribuiría a fraccionar el movimiento. Michael C.

26. R. Badry: Die zeitgenössische Diskussion um den islamischen Beratungsgedanken (Shura) unter dem besonderen Aspekt ideengeschichtlicher Kontinuitäten und Diskontinuitäten. Tübingen, 1992 (manuscrito inédito) citado por Peter Pawelka: Der Vordere Orient und die Internationale Politik. Stuttgart, Kohlhammer, 1993, pp. 167-168.

27. Sobre los diferentes procesos de democratización véase Michael Hudson, "After the Gulf War. Prospects for democratization in the Arab World", Middle East Journal vol. 45, No. 3; Esposito y Piscatory, op. cit., y Muhammad Muslih y August Richard Norton: The Need for Arab Democracy. En: Foreign Policy, No. 83, verano de 1991.

28. AbuKhalil, op. cit., p. 31.

29. Para una visión histórica sobre los diferentes movimientos fundamentalistas a través de la historia del Islam, véase Dilip Hiro, Holy Wars. The Rise of Fundamentalism. Routledge, Nueva York, 1989.

30. Sobre las diversas controversias en la década de los setenta véase Fouad Ajami, Los árabes en el mundo moderno. Su política y sus problemas desde 1967, México, FCE, 1983.

Hudson afirma que se llegó a la necesidad de ampliar la base social por el hecho de que, por un lado, la legitimación de los gobiernos tiende a desvanecerse cuando los problemas regionales no se resuelven y por el otro, por el impulso de Occidente y la impotencia ante el.<sup>31</sup>

Para Robert Bianchi la razón por la cual Mubarak decidió pactar con los fundamentalistas fue porque eran considerados como la continuación de los movimientos reformistas religiosos de larga duración los cuales son totalmente egipcios y contenían muchos elementos compatibles con el desarrollo del capitalismo y la democracia<sup>32</sup>. A los movimientos se les ha reconocido el "nativismo", la idea de que las fuerzas fundamentalistas no fueron creadas por Irán-si bien este país los ha financiado en el Líbano, Irak y Arabia Saudita- sino que responden a condiciones locales.

Con la moderación de Irán, los radicales islámicos tendieron también a moderarse. La admiración por la revolución iraní decayó. Para muchos se trataba de una revolución exclusivamente shiita. Y como el establecimiento de una teocracia rígida no parecía vislumbrarse a largo plazo los diferentes gobiernos, de una u otra manera, han resuelto responder a este desafío. Definitivamente la flexibilidad de ambas partes, gobiernos y fundamentalistas lo ha hecho posible. Ambos han comprendido el desgaste de la continua confrontación -no se trata ya de imponerse de una manera violenta sino de buscar nuevas salidas.

Al parecer la guerra conduciría a transformaciones. El corresponsal del New York Times, Youssef Ibrahim, afirmó que desde la invasión de Kuwait, el gran tema sobre el cual escritores y comentaristas en los medios estaban prácticamente de acuerdo era la necesidad de democracia y libertad.<sup>33</sup>

Pero la guerra no aceleró este proceso. En Egipto, si bien los fundamentalistas protestaron enérgicamente contra la presencia de tropas extranjeras, la presión de Arabia Saudita -su máximo apoyo- los hizo silenciar. Así, no hubo grandes cambios. En Jordania, donde tenían una gran presencia en el interior del Estado, también fue obstaculizada su

protesta para que Jordania no aceptara el plan de paz de los americanos. Sin embargo, después de la guerra el rey promulgó una Carta Nacional que instauró el pluripartidismo y la igualdad de derechos, continuando así el proceso democrático. En Argelia se sintió la presión de los fundamentalistas durante la guerra en apoyo a Irak, sin embargo después de ésta y a pesar de que ganaron las elecciones, fueron perseguidos.

Fue así que se detuvo el proceso democrático, lo cual constituyó la única consecuencia de la guerra que tuvo un impacto limitado. Las disparidades socioeconómicas y la intransigencia del Estado volvieron a disparar el proceso. En el caso de Arabia Saudita y Kuwait, si bien no hubo gran presión fundamentalista, se conservó el status quo ante, a pesar de que el rey saudí promulgó una Ley Fundamental en marzo de 1992. Yemen, cuyo proceso democrático se inició a partir de su reunificación (1990), se enfrentó a graves problemas causados por la masiva expulsión de Arabia de sus connacionales (Yemen se opuso a la coalición internacional) lo que condujo a una gran pérdida de recursos derivados de los giros de éstos desde el exterior, como también a su difícil absorción por la débil economía yemenita. En éste, al igual que en los otros casos, la guerra no parece haber causado un gran impacto a corto plazo.

De todas maneras, para apuntalar una democracia es necesario sobreponerse a una gran cantidad de problemas en el largo plazo. No se puede hablar de un desarrollo lineal. Las disparidades socioeconómicas son un obstáculo: hay un sinnúmero de sectores marginados. Una verdadera democracia podría producir movimientos que no favorecerían a Occidente. Este, por su lado, no tiene gran interés en promoverla. Ante el golpe en Argelia en enero de 1992 fue notorio su silencio. Y en el Golfo, siempre y cuando el petróleo esté en manos de sus aliados, no tiene por qué preocuparse.

## **VI. ESTADOS UNIDOS, OCCIDENTE Y EL "NUEVO ORDEN"**

La guerra consolidó definitivamente a las dinastías del Golfo en su función de mantener el status

31. Hudson, op.cit., p. 425.

32. Véase Robert Bianchi, "Islam and Democracy in Egypt", Current Affairs, febrero de 1989.

33. Youssef Ibrahim, "The Rulers Will Have to Face the Music", The New York Times, febrero 24 de 1991.

quo petrolero. El "nuevo orden" está más bien enmarcado dentro de lo que Georges Corm llama los nuevos hábitos de dominación neocolonial. La guerra se hizo para mantener el status quo petrolero vigente desde que Arabia Saudita abandonó la solidaridad con la OPEP en 1977 y elevó su producción. Ello produjo una baja significativa de precios la cual benefició a los países del Norte. Se hizo evidente que ni la OPEP ni las fuerzas del mercado determinaban el petróleo. Irak deseaba asumir ese papel regulador. En ese sentido lo que se manifestaba era una continuidad igual a la que representaba la permanencia de Hussein en el poder. Los estadounidenses no lo derrocaron porque necesitaban justificar su presencia en el Golfo. Irak logró convertirse en un factor de unificación alrededor de un enemigo, papel que jugó la URSS en su época. Irak quedó suficientemente débil como para que el Golfo se conservara para Occidente.

¿Dónde estaría el nuevo orden? Se trata de una pax americana a mediano plazo. Según Paul-Marie de la Gorce ahora más que nunca los norteamericanos reforzarán su hegemonía en lugar de iniciar una gestión democrática. Dos documentos del Pentágono de comienzos de 1992 lo confirman<sup>34</sup>. La presencia de Estados Unidos ha aumentado en forma cualitativa: del control indirecto ha pasado a un control directo que no permite un consenso regional. Su presencia se ha legalizado: en 1991 se firmó un pacto de seguridad a 10 años con Kuwait, Bahrein y Arabia Saudita. Se incluyeron grandes contratos de compra de armas. La mancuerna de los estados dinásticos del Golfo con los americanos imposibilita el surgimiento de un órgano de seguridad colectiva. Por consiguiente, no se logró un consenso regional. Prima la desconfianza y la miopía; y los Estados Unidos y sus aliados mantienen fragmentada la región. De la Declaración de Damasco, que proponía estacionar tropas sirias y egipcias en el Golfo, no quedó nada. Este inicio de seguridad colectiva fracasó.

No obstante, por otra parte, los problemas internos de los Estados Unidos son inmensos<sup>35</sup>

¿Qué tanto podrá continuar siendo la única superpotencia ante la competencia de Europa -léase Alemania- y el Japón? Los Estados Unidos, por ahora, no tiene rival hegemónico y con la desaparición de la URSS se pueden dar el lujo de ser menos sensibles a los problemas de los países de la región.

¿Y qué hay del nuevo orden proyectado? Después de la victoria, en marzo de 1991 el presidente norteamericano anunció un nuevo orden internacional para el Medio Oriente en donde no habría más agresión y la disparidad entre pobres y ricos desaparecería. Pero no se mencionó la promoción de la democracia, como sí se hizo cuando se trataba de Europa oriental -aunque supuestamente ese era el gran fundamento del nuevo orden de la posguerra fría. Se habló de incrementar la prosperidad y la libertad económica, pero la idea de un banco árabe se desvaneció rápidamente.

El derecho a intervenir fue legalizado. Para reclamarlo, sin embargo, hubo que demostrar que la intervención es conveniente. Ya en la inmediata posguerra esta opción mostraría sus defectos. Cuando a principios de 1991, estalló la revuelta shiita en el sur del Irak, en parte impulsada por los estadounidenses, quienes instaron a dicho grupo a derrocar a Hussein, se decidió no intervenir, pues era considerado un asunto interno. La rebelión fue aplastada por Irak. Pero cuando los kurdos se amotinaron en el Norte y los ejércitos iraquíes los atacaron, haciendo que miles de ellos huyeran despavoridos, las potencias intervinieron para brindar ayuda humanitaria en nombre del derecho internacional y de los derechos del hombre.

Esto nos lleva a otro problema acuciante: la lastimosa situación de la etnia kurda. Deseosos de un Estado independiente, lograron fundarlo, más sólo existió cortamente ya que fue reprimido violentamente por Irán, bajo la anuencia de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. La guerra del Golfo constituyó entonces, una oportunidad para los nacionalistas kurdos. Ante la hipotética debilidad de Irak, la posibilidad de una intervención directa por parte de Occidente y la propaganda americana, vía La Voz de América, que instaba a los kurdos a la insurrección, estos se alzaron en armas nuevamente. Masacrados por Hussein, detenidos

34. Véase Paul-Marie de la Gorce, 'Washington et la maîtrise du monde', *Le Monde Diplomatique*, abril de 1992.

35. Véase Paul Kennedy, *Aufstieg und Fall der Großen Mächte: Ökonomischer Wandel und militärischer Konflikt von 1500 bis 2000*. Frankfurt am Main, Fischer, 1992, pp. 758-787; Marie-France Toinet, "Comment les Etats-Unis ont perdu les moyens de leur hégémonie", *Le Monde Diplomatique*, junio de 1992.

por los turcos nadie salió a defender sus válidas propuestas nacionales. El "nuevo orden" internacional no los incluía.

Los Estados Unidos tomaron una posición tradicional en lo que atañe a la cuestión del armamentismo. Consistía en evitar un rearme de las potencias regionales enemigas y a su vez no debilitar a los aliados regionales. El negocio es bueno y beneficia a los productores, por ello resulta imposible imponer un verdadero desarme. En octubre de 1991 los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU acordaron ciertos parámetros para la transferencia de armas pero con muchas contradicciones e imperfecciones.<sup>36</sup>

## VII. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Los problemas de Medio Oriente que comenzaron con la llegada del imperialismo a finales del siglo XVIII y que sufrían el impacto de la segunda guerra del Golfo aún siguen vigentes: la modernización, el nacionalismo, el Islam y la democratización, las rivalidades interárabes y la intervención extranjera.

Tres años después de terminar el conflicto, el nuevo orden proclamado se parece más al viejo.

La crisis y posterior guerra del Golfo imposibilitaron una transformación brusca. Le resolvieron problemas a Occidente como el del petróleo, protegiendo a sus aliados del Golfo y asestando un golpe a los intentos hegemónicos de Bagdad. Se frustraron las expectativas de aquellos sectores animados por el nacionalismo árabe radical y se mostró que contra el llamado nuevo orden es imposible contraatacar. Aunque de gran impacto, la guerra produjo tensiones y conflictos y removió estados y economías, pero no condujo al proclamado nuevo orden internacional. ¿Porqué? ¿Cómo fue posible que del gran impacto no quedaran, por lo menos en el corto plazo, nada más que tensiones internacionales, cenizas, refugiados, represión y deudas, pero ningún proyecto que asegurara por ejemplo, que los inmensos recursos petroleros fueran utilizados para contribuir a disminuir tensiones sociales o que algún tipo de democracia renovara la región? Porque este es

el orden tradicional que le conviene a Occidente y a sus aliados que no desea ser cambiado. La Conferencia de Madrid alcanzó ya un logro al contribuir a la paz, pero no se vislumbran grandes proyectos de solución para los otros problemas. Solucionar los conflictos palestino-israelí y árabe-israelí es parte de la pax americana. Un verdadero nuevo orden, con participación de sectores radicales o con alianzas globales desestabilizaría la región y por lo tanto no le interesa a quienes desean el status quo. Finalmente, como están las cosas, los Estados Unidos mantienen la estabilidad de sus aliados regionales.

La cooperación interárabe -la cual se ha manifestado como ayuda de los países ricos a los pobres- sufrió un gran impacto. La expulsión de cientos de miles de las monarquías representa un gran revés para esa tradicional ayuda regional y tal vez podría desestabilizar a Yemen, Jordania o Egipto, además de que continúa aumentando la desconfianza entre las dinastías del Golfo y los países del Mediterráneo.

La guerra logró polarizar al mundo árabe, lo que hizo declarar a muchos que estaban naciendo nuevas relaciones internacionales -además de que algunos señalaron la caída definitiva del nacionalismo. El hecho de que los estados del Golfo lograran el apoyo de Egipto se consideró un punto de inflexión, pero el hecho de que estos estados iniciaran arreglos bilaterales de defensa con Estados Unidos, demuestra claramente que la alianza de la guerra fue bastante coyuntural. Las tensiones interestatales son un continuum. Está claro, tal vez hoy más que nunca, que las verdaderas alianzas regionales no son posibles.

La guerra fue el gran disparador de la Conferencia Internacional del Medio Oriente. Si Hussein no invade Kuwait, ¿hubiera tenido lugar la Conferencia? Visto así Hussein logró una parte de su cometido.

Las exigencias de democracia y las actuaciones del fundamentalismo que se hicieron sentir durante la guerra revistieron gran importancia: la guerra intensificó las actitudes críticas, como las que cuestionan la arrogancia kuwaití, el imperialismo, la culpabilidad de Estados Unidos e Israel al no solucionar la cuestión palestina. Parecería que estaban por trascender nuevas urgencias.

Para terminar, intentemos señalar algunas perspectivas. Es palpable la necesidad de desarrollo. Esto se manifiesta a través del resentimiento de amplios sectores contra los ricos emires, la gran disparidad entre los ingresos per cápita de los países pobres y ricos (Yemen 430 dólares y EAU 15.770) y al no haber perspectivas de disminuirlas, las tensiones continuarán. Siempre y cuando exista el sub-desarrollo, existirán países dispuestos a una acción como la de Irak. Además, la gran posibilidad de hacer del petróleo una fuente de desarrollo para la región, se esfuma cada vez más. Las bajas en los ingresos se deben a la caída de los precios a partir de mediados de 1986 puesto que Estados Unidos presionó a sus aliados regionales para que mantuvieran la producción alta. Además los nuevos aranceles sobre productos petroleros de los países consumidores implicaron que las ganancias se transfirieran a los países consumidores, lo cual significó para muchos una deuda externa. La OPEP es un mero recuerdo. La primera y segunda guerras del Golfo causaron grandes pérdidas.

No se definió ningún plan para aliviar el subdesarrollo, ni para atenuar la diferencia entre los pobres y los ricos de cada país, menos entre países pobres y ricos. La idea de fundar un banco árabe no pasó de una idea. Las tensiones sociales continuaron. Con un crecimiento demográfico alto, con tantos expatriados, el problema podrá empeorar. El masivo desempleo a causa de los miles de expatriados en Yemen, Jordania y Egipto, ¿contribuirá a desestabilizar el respectivo país estropeando los procesos de democratización? Como resultado, la democracia es una posibilidad cada vez más lejana.

En la región del Golfo, por falta de consenso, se mantiene marginados a aquellos que tradicionalmente han sido las potencias regionales: Irán e Irak. ¿Un error histórico? Seguramente esto tiene la función de justificar la presencia de Estados Unidos y mantener dividida la región.

La gran influencia de Occidente continuará. De nuevo se ha demostrado su superioridad. Un mundo desintegrado se convierte en un objeto de conquista fácil y más dependiente que nunca de la

protección de Estados Unidos. Es posible que no sea fácil imponer condiciones a largo plazo si se tienen en cuenta, además, variables que producen descontento como por ejemplo, la humillación, la desilusión, la desigual distribución de la riqueza a nivel regional y nacional, la represión, los regímenes autoritarios, la impotencia militar ante Israel, etc. La presencia de Occidente se ha legalizado mediante una serie de pactos militares y a través de la ONU. El orden petrolero se convierte en defensor de sistemas políticos y de sociedades obsoletas.

Con aires de triunfalismo, los medios de comunicación norteamericanos insistían en que los Estados Unidos gozaban más que nunca de gran prestigio y credibilidad en la región. Pero no hay que olvidar que la división del mundo árabe a partir de la guerra, cuando Argelia, Jordania, Libia, Yemen, Sudán, Túnez y la OLP votaron en contra del envío de tropas occidentales, hace que la unanimidad no sea tan unánime. La verdad consiste más bien en que esa credibilidad es válida entre los reyes, emires y aquellos países que buscan la protección occidental. En una encuesta realizada en septiembre de 1991 en los territorios invadidos por Israel se señala que el 93.1% no confía en las intenciones de paz de los Estados Unidos. De aquí se puede deducir que esta desconfianza también está presente en otras poblaciones árabes.<sup>37</sup>

El gran castigo que se ha impuesto a los iraquíes podría agudizar la tensión Norte-Sur ahora que la bipolaridad ha cedido ante la unipolaridad. Después de todo, no solamente Irak se siente castigado. Cabe preguntarse si el tremendo castigo a Irak no causará resentimiento y un renacimiento de la violencia. La ONU decidió unilateralmente una nueva frontera Irak-Kuwait. Ningún gobierno iraquí se dará por bien servido pues Irak quedó definitivamente sin salida al mar.

Futuros proyectos expansionistas como los de Hussein están destinados al fracaso. No es posible hacerle frente a los designios de los más poderosos. Con el final de la guerra fría se perdió la posibilidad de aprovechar las rivalidades entre las superpotencias para ganar espacios y recursos. Todavía existe un problema de percepción para políticos, observadores y periodistas. Existe la tendencia tanto a personificar los problemas como a satanizar a los líderes que no se identifican con los intereses



occidentales. Este o aquél líder son los culpables. Sin embargo, los problemas de la región no se solucionan simplemente con la caída de un líder o con una gran guerra en pro de una supuesta democratización. Los sistemas imperantes, ya sean monarquías o regímenes semi-liberales pro-occidentales o autoritarios, han producido grandes desigualdades, todos ellos con el apoyo de una potencia extranjera. Al fin y al cabo, hacen parte de un sistema internacional que reproduce las desigualdades y desequilibrios a nivel regional. Dado que el llamado nuevo orden es la continuación de ese sistema, será difícil encontrar verdaderas soluciones a largo plazo.

Con o sin Hussein en el poder, lo que él representa continúa vigente. ¿Habrá futuras revueltas populares que desestabilicen los países? Lo que tal vez necesitan es un disparador. ¿Podría ser el fracaso de la Conferencia de Madrid? o ¿la falta de propuestas para solucionar tantos otros problemas? o ¿el deterioro de situaciones nacionales como la de

Jordania, donde la presión de miles de repatriados resulta intolerable? o ¿en Yemen, donde es cada vez más difícil de absorber a los miles de trabajadores expulsados de los países del Golfo, quienes además con sus remesas de dinero contribuían con la mitad de las divisas del Yemen?

El Medio Oriente, como cualquier otra parte del mundo, desea hallar una solución para los más diversos tipos de problemas. La solución no podrá ser simultánea, pero si se pueden comenzar a plantear acercamientos multiestatales, que sean flexibles, globales y con miras a lograr soluciones paulatinas.

Un nuevo orden debería ser más justo, democrático, estable y basado en el derecho. Pero por ahora todo seguirá manteniendo una constante. La conferencia de Madrid solo inició la solución de un problema -el palestino-israelí- y continúa debatiendo otro -el árabe-israelí-, y ¿los otros problemas?